

¿Eres tú Rey?

(Jn 18, 33-37)

Jesús va quedando en silencio a medida que se acerca la Pasión. Lo dicho y lo hecho se va concentrando en su mismo cuerpo silencioso, expuesto como testimonio de la verdad. Ante él sólo queda que cada uno se defina, que cada uno reconozca lo que verdaderamente es y lo que verdaderamente le mueve. Ante él no hay escapatoria, nadie puede esconder su verdad. Y se entabla una lucha a muerte entre dos reinos: El reino de los que quieren vivir sin más, sin bajar la vista a los sótanos de su existencia llenos de acuerdos tácitos con la mediocridad, con los intereses propios absolutizados y con el miedo a hacer lo que simplemente está bien, y el Reino de Jesús que transparenta la libertad del amor sin más.

En el primero campa a sus anchas la desconfianza en los demás, el miedo, el odio y la violencia, y finalmente la tristeza frente a un mundo que vive preso de la mentira y la desesperación. En este reino, incluso cuando alcanzamos el poder, vivimos sometidos a estas fuerzas interiores que no nos dejan reposar en la vida con paz, que no nos dejan sentir la belleza y la gracia de vivir. Podemos llegar a ser poderosos, pero vivimos como títeres traídos y llevados por ellas.

Pero hay otro reino que parece no poder hacerse sitio en este mundo: el Reino de Dios. Allí Jesús se alza como Señor indomitable. Su Reinado es extraño, pues su lucha no es contra los demás, ya que el enemigo radical está escondido en otro lugar. No se trata de someter a los que le rodean, esto es relativamente fácil, todos tenemos a alguien al que es fácil humillar, sino de someter el afán de dominio sobre los demás. No se trata de enriquecer la vida hasta sentirnos invulnerables con el poder que da el dinero, sino de someter el miedo a nuestra pobreza de vida aprendiendo a compartir y a confiar en Dios. No se trata de someter la mirada de los demás haciéndola fijarse en nosotros y alabar de continuo nuestras aparentes grandezas, sino de someter el deseo de gloria que nos hace ensimismarnos, olvidar el valor de los demás y alimentarnos de la envidia. No se trata de vencer a los que nos hirieron o de hacernos intocables creando en los demás el miedo a nuestra posible venganza, sino de someter el odio que crean las heridas que recibimos. No se trata de someter la vida como si pudiéramos alcanzar la inmortalidad aquí y ahora, sino de someter el miedo a la muerte con la esperanza puesta en la promesa de eternidad que sólo Dios ofrece.

Es Cristo quien ganó esta batalla. Él es el rey de este mundo nuevo de verdad y amor, de esperanza y comunión. Ante él sus acusadores (sumos sacerdotes, Pilato, nosotros mismos tantas veces) estamos ante el testigo de la verdad y somos llamados a participar silenciosamente en su Reino nuevo.